LIBROdot.com

# Historia de un Mirlo blanco

## Alfred de Musset




*Digitalizado por* LIBROdot.com
*http://www.librodot.com*

# I

Que destino más glorioso, pero, a la vez, lamentable, ser en este mundo un mirlo excepcional! No soy en absoluto un pájaro fabuloso, y el señor de Buffon se ha ocupado de mí, pero, ¡ay!, sí soy extremadamente raro y muy difícil de encontrar. ¡Ojalá hubiese sido totalmente imposible!

Mi padre y mi madre eran dos buenas personas que habitaban, desde hacía muchísimos años, en el fondo de un viejo y retirado jardín del Marais. Constituían un matrimonio ejemplar. Mientras mi madre, posada en un espeso matorral, ponía regularmente tres veces por año, e incubaba adormecida, con una religión patriarcal, mi padre, todavía muy esbelto y petulante a pesar de su mucha edad, revoloteaba a su alrededor durante todo el día, proporcionándole hermosos insectos, que prendía delicadamente por la punta de la cola para no disgustar a su esposa, y, llegada la noche, nunca dejaba, cuando hacía bueno, de obsequiarla con una canción que regocijaba al vecindario. Ni una sola querella, ni la menor nube había turbado nunca esta dulce unión.

Apenas vine yo al mundo, cuando, por primera vez en su vida, mi padre empezó a mostrarse de mal humor. Aunque no era todavía más que de un gris dudoso, él no reconocía en mí ni el color ni el talante de su numerosa posteridad. «Vaya un rapaz más sucio, decía algunas veces mirándome de reojo. Se pasará el día revolcándose por todos los fangales y montones de escombro que encuentra, para estar siempre tan feo y polvoriento.»

-Por Dios, amigo mío -respondía mi madre, siempre ovillada en una vieja escudilla donde había hecho su nido-, ¿no ves que son ° cosas de su edad? Tú, en tu juventud, ¿no fuiste también un encantador truhán? Deja crecer a nuestro Merlichón y ya verás cómo se pone de hermoso; es de los mejores que he tenido.

Saliendo de esta forma en mi defensa, mi madre no se equivocaba. Ella veía crecer mi fatal plumaje, que le parecía una monstruosidad; pero hacía como todas las madres, que sienten más apego por sus hijos cuando éstos son maltratados por la naturaleza, como si la culpa fuera de ellas, o como si ellas rechazaran por adelantado la injusticia de la suerte que les debía golpear.

Cuando llegó la hora de mi primera muda, mi padre se quedó muy pensativo y me consideró atentamente. Mientras estuve sin plumas, me trató todavía con bastante bondad e incluso me dio de comer al verme tiritar casi desnudo en un rincón; pero, desde que mis pobres alones ateridos comenzaron a cubrirse de plumón, ante cada pluma blanca que veía aparecer, " montaba en una cólera tal, que temí que me desplumase para el resto de mis días. ¡Ay! Yo carecía de espejo; ignoraba la causa de su furor, y una y otra vez me preguntaba por qué el mejor de los padres se portaba conmigo de una manera tan bárbara.

Un día en que un rayo de sol y mi naciente ropaje me habían llenado, aun a mi pesar, de alegría el corazón, cuando revoloteaba por una alameda, se me ocurrió, para mi desgracia, ponerme a cantar. A la primera nota que oyó, mi padre saltó al aire como un cohete.

-¿Qué es lo que estoy oyendo? –gritó-¿Es así como silba un mirlo? ¿Es así como yo silbo? ¿Es eso, siquiera, silbar?

Y quedando abatido junto a mi madre, con la continencia más terrible, preguntó: -Desgraciada, ¿qué es esto que pusiste en tu nido?

Ante estas palabras, mi madre, indignada, saltó fuera de su escudilla, no sin hacerse daño en una pata. Quería hablar, pero los sollozos la sofocaban, v cavó a tierra medio desmayada. La vi a punto de expirar y, espantado y tembloroso de miedo, me arrodillé ante mi padre.

-Oh, padre mío -le dije-, si yo silbo del revés v si estoy mal vestido, que mi madre no sea castigada por ello. ;Es culpa suya que la naturaleza me haya negado una voz como la vuestra? `Es culpa suya que yo no tenga un pico amarillo como el vuestro ni un vestido negro a la francesa como el vuestro, que os dan el aire de un mayordomo probando una tortilla? Si el cielo ha hecho de mí un monstruo, y si alguien tiene (¡tic pagar por ello, ¡que sea yo el único desgraciado!

-No se trata de eso -dijo mi padre-Qué significa la manera absurda en que tú acabas de permitirte silbar? `Quién te ha enseñado a silbar así, contra todos los usos y las reglas?

-Ay, señor -respondí humildemente-, he silbado como podía al sentirme alegre porque hacía buen tiempo, y quizá porque he comido demasiadas moscas.

-Así no se silba en mi familia -replicó mi padre fuera de sí-. Hace siglos que nosotros silbamos de padres a hijos, y cuando yo dejo oír mi voz en medio de la noche, ¡entérate!, hay aquí, en el primer piso, un señor, y en el granero una joven, que abren sus ventanas para oírme. ¿No es suficiente que tenga ante mis ojos el horrible color de esas tontas plumas que te dan el aspecto enharinado de un payaso de feria? Si yo no fuera el más pacífico de los mirlos, ya te habría dejado cien veces desnudo, ni más ni menos que un pollo de corral a punto de ser asado.

-¡Pues bien! -grité yo, indignado por la injusticia de mi padre-. Si es así, señor, por mí no ha de quedar. Me desnudaré en presencia de usted y libraré sus miradas de esta desgraciada cola blanca de la que se pasa tirándome todo el día. Partiré, señor, huiré; muchos otros hijos consolarán su vejez, puesto que mi madre pone tres veces por año; me iré lejos de usted a ocultar mi miseria, y quizá -añadí sollozando-, quizá encuentre en el hornillo del vecino, o en el alero, algunas lombrices o arañas con que sostener mi triste existencia.

-Como quieras -replicó mi padre, muy lejos de enternecerse por mi discurso-, ¡pero que yo no te vea más! Tú no eres mi hijo. ¡Tú no eres un mirlo!

-¿Qué soy entonces, señor, si le place decírmelo?

-Yo no sé lo que eres, pero no eres un mirlo.

Dichas estas palabras fulminantes, mi padre se alejó a pasos lentos. Mi madre se levantó tristemente y se fue dando saltos, a acabar de llorar en su escudilla. En cuanto a mí, confuso y desolado, emprendí el vuelo lo mejor que pude y me fui, como había anunciado, a colgarme del alero de una casa vecina.

# II

Mi padre fue lo bastante inhumano como para dejarme, durante varios días, en esta situación mortificante. A pesar de su violencia, tenía buen corazón, y, por las miradas que me lanzaba de reojo, comprendí que hubiese querido perdonarme y llamarme. Mi madre, sobre todo, levantaba sin cesar hacia mí unos ojos llenos de ternura, y se arriesgaba incluso a veces a

llamarme con un gritito lastimero. Pero mi horrible plumaje blanco les inspiraba, a pesar de ellos, una repugnancia y un espanto contra el que bien comprendí no había remedio.

-Yo no soy un mirlo -me repetía una y otra vez; y, en efecto, al espulgarme por las mañana y mirarme en el agua de la canal que había bajo el alero, tenía que reconocer, demasiado claramente, hasta qué punto me parecía poco a mi familia-. ¡Oh, cielos! -decía y repetía-. ¿Qué soy entonces?

Cierta noche que llovía a cántaros, iba a echarme a dormir, extenuado de hambre y de pesar, cuando vi posarse cerca de donde me encontraba al pájaro más mojado, más pálido y más delgado que hubiese podido imaginar. Era poco más o menos de mi color, según me parecía ver a través de la lluvia que nos inundaba; apenas tenía en el cuerpo plumas suficientes para cubrir a un gorrión, y era más grueso que yo. Al primer golpe de vista, me pareció un pájaro completamente pobre y necesitado; pero, a despecho de la tempestad que maltrataba su frente casi rapada, conservaba un aire de orgullo que me encantó. Modestamente, le hice una profunda reverencia, a la que él respondió con un picotazo que casi me hace caer del alero. Viendo que yo me rascaba y me retiraba compungido, sin intentar responderle en su propio lenguaje, me preguntó con una voz tan ronca como calvo era su cráneo:

-¿Quién eres tú?

-¡Ay, monseñor! -respondí yo, temiendo una segunda estocada-. No lo sé. Yo creía ser un mirlo, pero me han convencido de que no lo soy.

La singularidad de mi respuesta, unida a mi aire de sinceridad, pareció interesarle. Se acercó a mí y me pidió que le contara mi historia, a lo que accedí con toda la tristeza y humildad que convenían a mi posición y al espantoso tiempo que hacía.

-Si tú fueras un palomo torcaz como yo -dijo después de haberme escuchado-, esas naderías por las que te afliges no te inquietarían ni un solo instante. Nosotros viajamos, nos pasamos la vida viajando, y por supuesto que tenemos nuestros amores; pero yo no sé quién es mi padre. Hendir el aire, atravesar el espacio, ver a nuestros pies los montes y las llanuras, respirar el azul mismo de los cielos, y no las exhalaciones de la tierra, volar como una flecha hacia un destino marcado que no se nos escapa nunca... He aquí nuestro placer y nuestra vida. Yo hago en un solo día más camino que el que un hombre puede hacer en seis.

-Por mi fe, señor -dije yo un tanto animado-, que es usted un pájaro bohemio.

-Eso es algo que no me preocupa -replicó él-. Yo no tengo patria. Yo no tengo más que tres cosas: los viajes, mi mujer y mis pequeños. Donde está mi mujer, allí está mi patria.

-Pero, ¿qué es eso que le cuelga del cuello? ¿Ese rollo viejo y arrugado?

-Son papeles importantes -dijo él pavoneándose-. Me marcho a Bruselas ahora mismo, y llevo al célebre banquero X. una noticia que va hacer bajar la cotización del franco en setenta y ocho céntimos.

-¡Santo Dios! -grité yo-. Qué existencia más hermosa la vuestra. Y, sin duda alguna, Bruselas debe de ser una ciudad digna de verse. ¿No podría usted llevarme consigo? Ya que no soy un mirlo, a lo mejor soy un palomo torcaz.

-Si lo fueras -replicó-, me habrías devuelto el picotazo que te di hace un momento.

-Pues bien, señor, se lo devolveré. No vamos a discutir por tan poca cosa. He aquí que la mañana se levanta y la tempestad se apacigua. Por favor, déjeme que le

siga. Estoy perdido, no tengo nada en el mundo. Si usted me rechaza, no me queda otro destino que ahogarme en esta canal.

-Pues bien, ¡en ruta! Sígueme si puedes. Eché mi última mirada al jardín donde dormía mi madre. Una lágrima brotó de mis ojos, pero el viento y la lluvia se la llevaron. Abrí las alas y partí.

# III

Mis alas, ya lo he dicho, no eran todavía muy robustas. Mientras mi compañero volaba como el viento, yo jadeaba a su lado. Me mantuve bien durante algún tiempo; pero muy pronto me acometió un desánimo tan violento, que me sentí a punto de desfallecer.

-¿Hay todavía para mucho tiempo? -pregunté con voz débil.

-No -respondió él-; estamos en Bourget. No nos restan por hacer más que sesenta leguas.

Intenté recobrar ánimos, pues no quería ofrecer el aspecto de una gallina mojada, y todavía volé durante un cuarto de hora. Pero, para entonces, ya estaba rendido.

-Señor -balbucí de nuevo-, ¿no podríamos detenernos un instante? Tengo una sed horrible, que me atormenta, y, si nos posáramos sobre un árbol...

-¡Vete al diablo! ¡No eres más que un mirlo! -me contestó el palomo, lleno de cólera; y, sin volver siquiera la cabeza, continuó su viaje furioso. En cuanto a mí, aturdido y sin poder ver siquiera, caí sobre un campo de trigo.

Ignoro cuánto tiempo duró mi desvanecimiento; cuando recobré la conciencia, lo primero que me vino a la memoria fueron las últimas palabras del palomo torcaz. «Tú no eres más que un mirlo», me había dicho. ¡Oh, padres queridos, pensé, os habéis equivocado! Voy a volver junto a vosotros; me reconoceréis por vuestro verdadero y legítimo hijo, y me devolveréis mi lugar en ese montoncito de hojas que hay bajo la escudilla de mi madre.»

Hice un esfuerzo para levantarme, pero la fatiga del viaje y el dolor de la caída me paralizaban todos los miembros. Apenas me incorporé sobre las patas, cuando volví a sentir un desfallecimiento y de nuevo caí al suelo.

El pensamiento espantoso de la muerte se apoderaba ya de mi mente, cuando, a través de las hierbas y de las amapolas, vi venir hacia mí, andando de puntillas, a dos personas encantadoras: una pequeña urraca moteada, extremadamente coqueta, y una tórtola rosa. La tórtola se detuvo a algunos pasos de distancia, con aire de pudor y de compasión por mi infortunio; pero la urraca se acercó brincando de la manera más agradable del mundo.

-¡Ay, Dios mío! Pobre criatura, ¿qué haces aquí? -me preguntó con voz retozona y argentina.

-Ay, señora marquesa -respondí yo, porque ella debía de ser una marquesa-, no soy más que un pobre diablo viajero a quien su postillón ha dejado en el camino, y que está a punto de morir de hambre.

-¡Virgen Santísima! ¿Qué me dice usted? -respondió ella. Y a renglón seguido se puso a revolotear de aquí para allá por los matorrales que nos rodeaban, yendo y viniendo de un lado para otro, trayéndome multitud de bayas y de frutas, con las que hizo un montoncito a mi lado, sin dejar entre tanto de hacerme preguntas.

-Pero ¿quién es usted? ¿De dónde viene? Es una aventura increíble la suya. Y ¿a dónde iba? ¿Viajaba solo, tan joven?... Porque usted está en la primera muda. ¿Qué hacen

sus padres? ¿Dónde están? ¿Cómo es que le dejan ir de acá para allá? ¡Pero si es como para que se le pongan a una las plumas de punta!

Mientras ella hablaba, yo me había incorporado sobre un costado y comía con buen apetito. La tórtola permanecía inmóvil, mirándome con ojos piadosos. Sin embargo, observó que yo volvía la cabeza con aire languideciente y comprendió que tenía sed. Sobre una brizna de hierba, quedaba una gota de agua de la lluvia caída durante la noche; recogió tímidamente aquella gota con su pico y me la trajo, fresca y limpia. Sin duda alguna, si yo no hubiese estado tan enfermo, una persona tan reservada no se hubiese atrevido a dar semejante paso.

No sabía aún lo que es el amor, pero mi corazón latía violentamente. Dividido entre dos emociones diversas, me sentía penetrado de un encanto inexpresable. Mi despensera era tan alegre, mi escanciadora tan delicada y tan dulce, que me hubiera gustado almorzar así por toda la eternidad. Desgraciadamente, todo tiene un término, incluso el apetito de un convaleciente. Terminada la comida y recobradas mis fuerzas, satisfice la curiosidad de la pequeña urraca, contando mis desgracias con tanta sinceridad como lo había hecho la víspera al palomo torcaz. La urraca me escuchó con más atención de la que habría cabido esperar, y la tórtola me dio muestras encantadoras de su profunda sensibilidad. Pero, cuando toqué el punto capital, la cuestión que era causa de mis penas, es decir, la ignorancia en que estaba sobre mí mismo, la urraca gritó:

-¿Bromea usted? ¿Usted un mirlo? ¿Usted un palomino? ¡Vamos! Usted es una urraca, mi querido niño; una urraca, si las hay, y muy gentil -añadió, dándome un golpe cariñoso con el ala, como quien da un golpe con un abanico.

-Pero, señora marquesa -respondí yo-, me parece que, para ser una urraca, tengo un color... ¿No le disgusta mi...?

-¡Una urraca rusa, querido, usted es una urraca rusa! ¿No sabe usted que las urracas rusas son blancas? ¡Pobre muchacho, qué inocencia!

-Pero señora -repliqué-, ¿cómo voy a ser una urraca rusa habiendo nacido en el fondo del Marais, en una vieja escudilla rota?

-¡Ah, el pobre niño! Tú eres producto de la invasión, querido. ¿Crees que eres el único? Fíate de mí y déjame hacer. Quiero llevarte conmigo en seguida y mostrarte las más bellas cosas de la tierra.

-¿Dónde, señora, si me hace el favor?

-En mi palacio verde, chiquitín. ¡Ya verás qué vida se lleva allí! Cuando seas urraca durante un cuarto de hora, no querrás ya oír hablar de otra cosa. Somos allí un centenar, pero no de esas gruesas urracas de pueblo, que piden limosna en los grandes caminos, sino gente noble y de agradable compañía; esbeltas, ágiles, y no más gruesas que un puño. Ninguna de nosotras tiene ni más ni menos que siete marcas negras y cinco marcas blancas; es una cosa invariable, y nosotras despreciamos al resto del mundo. A ti te faltan las marcas negras, es cierto, pero tu calidad de ruso será motivo suficiente para que seas admitido. Nuestra vida se reduce a dos ocupaciones: parlotear y emperifollarnos. Desde la mañana hasta el mediodía, nos dedicamos a emperifollarnos, y desde el mediodía a la noche, charlamos. Cada una de nosotras se posa sobre un árbol, lo más alto y lo más viejo posible. En medio del bosque se levanta un inmenso roble, actualmente, ¡ay!, deshabitado. Era la mansión del difunto rey Pío X, a donde nosotras solemos ir en peregrinación, exhalando grandes suspiros; pero, aparte de esta ligera pesadumbre, pasamos la vida a las mil maravillas. Nuestras hembras son tan poco mojigatas como nuestros machos poco

celosos, pero nuestros placeres son puros y honestos, porque nuestro corazón es tan noble como nuestro lenguaje es libre y gozoso. Nuestro orgullo no tiene límites, y si un grajo o cualquier otro canalla viene por un azar a introducirse entre nosotros, lo desplumamos sin compasión. Mas no por esto dejamos de ser las mejores gentes del mundo, y los gorriones, los abejarucos, los jilgueros que viven en nuestros sotos, nos encuentran siempre dispuestos a ayudarles, a alimentarles y a defenderles. En ninguna parte hay más conversación que entre nosotros, y en ninguna parte menos maledicencia. No faltan en nuestra comunidad las viejas urracas piadosas que se pasan todo el día rezando el paternóster, pero la más alegre de nuestras jóvenes comadres puede pasar, sin temor a un picotazo, cerca de la viuda más severa. En una palabra, vivimos a base de placer, de honor, de charloteo, de gloria y de trapajos.

-Todo lo que me cuenta es verdaderamente hermoso, señora -repliqué-, y yo demostraría ser un inconsciente si no siguiera los consejos de una persona corno usted. Pero antes de tener el honor de seguirla, permítame, por favor, decir unas palabras a esta bondadosa señorita aquí presente. Señorita -continué, dirigiéndome a la tórtola-, háble me con franqueza, se lo suplico, ¿cree usted que yo soy verdaderamente una urraca rusa?

Ante esta pregunta, la tórtola bajó la cabeza y se puso roja como una amapola.

-Pero, señor -empezó-, no sé si debo... -¡En nombre del cielo, señorita, hable! No tengo la menor intención de ofenderla, al contrario. Me parecen ustedes, ambas, tan encantadoras, que me he hecho aquí mismo el juramento de ofrecer mi corazón y mi pata a aquella de ustedes que los quiera, desde el instante en que yo sepa si soy urraca u otra cosa. Por que, al mirarla -añadí, hablando un poco más bajo a la jovencita-, siento un no sé qué de tórtolo que me atormenta singularmente.

-Pues, en efecto -dijo la tórtola, enrojeciendo todavía más-, yo no sé si es el reflejo del sol que cae sobre usted a través de estas amapolas, pero su plumaje me parece que tiene un cierto matiz de...

No se atrevió a seguir.

-¡Oh perplejidad -grité yo-, cómo saber a qué atenerme! ¿Cómo entregar mi corazón a una de ustedes, cuando lo tengo tan cruelmente desgarrado? ¡Oh, Sócrates, qué precepto más admirable, pero más difícil de seguir, nos legaste cuando dijiste: «conócete a ti mismo» !

Desde aquel día en que una desdichada canción había contrariado a mi padre, no había vuelto a hacer uso de mi voz. En este momento, se me ocurrió emplearla como medio de discernir la verdad. «¡Cáspita!, pensé, puesto que mi señor padre me ha puesto de patitas en la calle a la primera canción, es para pensar que la segunda pueda producir algún efecto sobre estas damas.» Después de haber hecho una profunda inclinación, como para solicitar indulgencia, a causa de la lluvia que había recibido, me puse primeramente a silbar, después a gorjear, más tarde a hacer gorgoritos, y finalmente a cantar a voz en grito, como un carretero español al aire libre.

A medida que crecía mi canto, la pequeña urraca se alejaba de mí con un aire de sorpresa que poco a poco se convirtió en estupefacción; una estupefacción que muy pronto pasó a ser un sentimiento de espanto acompañado de un profundo desagrado. Describía círculos a mi alrededor, como un gato en torno a un trozo de tocino demasiado caliente con el que se acaba de quemar, pero el cual quisiera probar de nuevo. Viendo el efecto de mi prueba, y queriendo llevarla hasta el límite, cuanta más impaciencia demostraba la pobre marquesa, más me desgañitaba yo cantando. Resistió ella, durante veinticinco minutos, mis melodiosos esfuerzos. Finalmente, no pudiendo contenerse, salió volando ruidosamente y regresó a sus mansiones de

verdor. En cuanto a la tórtola, se había quedado, casi desde el principio, profundamente dormida.

«Admirable efecto de la armonía -pensé-. ¡Oh, Marais! ¡Oh escudilla maternal! ¡Más deseos que nunca tengo ahora de volver a vosotras! »

En el momento en que me disponía a partir, la tórtola abrió los ojos.

-Adiós -dijo-, extranjero tan gentil como aburrido. Mi nombre es Goroulí. Acuérdate de mí.

-Bella Goroulí -le respondí desde lejos-, eres buena, dulce y encantadora. Hubiese querido vivir y morir por ti. Pero tú eres de color de rosa y tanta felicidad no se ha hecho para mí.

# IV

El lamentable efecto producido por mi canto no hizo sino aumentar mi tristeza. «¡Ay música, ay poesía, me repetía mientras regresaba a París, cuán pocos corazones os comprenden!» Haciendo estas reflexiones, tropecé de cabeza contra un pájaro que volaba en sentido opuesto al mío. El choque fue tan rudo e imprevisto, que ambos caímos sobre la copa de un árbol que, afortunadamente, se encontraba allí. Cuando me hube despejado un poco, eché una mirada al recién venido, temiendo una disputa. Con gran sorpresa, vi que era blanco. A decir verdad, tenía la cabeza un poco más gorda que la mía y, sobre la frente, una especie de penacho que le daba un aspecto entre heroico y cómico. Por otra parte, abría su cola ostentosamente al aire, con una gran magnanimidad. Por lo demás, no me pareció en absoluto dispuesto a la batalla. Nos enfrentamos muy civilizadamente y nos ofrecimos mutuas excusas, después de lo cual entramos en conversación. Yo me tomé la libertad de preguntarle su nombre y el país de su procedencia.

--Me asombra que no me reconozca -dijo-. ¿Es que no es usted de los nuestros?

-En verdad, señor -respondí-, que no sé de quién soy. Todo el mundo me pregunta y me dice la misma cosa. Parece como si hubiesen hecho una apuesta.

-Usted bromea, sin duda -replicó-. Su traje le sienta demasiado bien como para que yo no reconozca en usted a un compañero. Usted pertenece sin duda al cuerpo ilustre y venerable que en latín se nombra cacuata, en lenguaje culto kakatoes, y en jerga vulgar cacatúa.

-Por mi fe, señor, que es posible, y ello sería un gran honor para mí. Y ¿qué se hace en tal compañía?

-Nada, señor, y además se cobra por ello. -En ese caso, creo muy de veras que lo soy. Pero compórtese como si no lo fuera y dígnese instruirme sobre con quién tengo el honor de hablar.

-Yo soy -respondió el desconocido- el gran poeta Kakatugán. He hecho grandes viajes, señor, largas travesías y fatigosas peregrinaciones. No es cosa de ayer mi dedicación a la rima y mi musa ha sufrido algunas desgracias. Yo he trinado ante Luis XVI, he berreado para la República, he cantado noblemente el Imperio, he alabado discretamente la Restauración, inclusive he hecho un esfuerzo en estos últimos tiempos y me he sometido, no sin pena, a las exigencias de este siglo sin gusto. Yo he lanzado al mundo dísticos picantes, himnos sublimes, graciosos ditirambos, piadosas elegías, dramas melenudos, novelas rizadas, vodeviles empolvados y tragedias calvas. En una palabra, yo puedo vanagloriarme de haber añadido al

templo de las musas algunos galantes festones, algunas sombrías almenas y algunos ingeniosos arabescos. ¿Qué quiere usted? Me he hecho viejo, me he convertido en académico. Pero rimo todavía vigorosamente, señor, y, tal como usted me ve, estaba soñando en un poema, en un canto, que no tendría menos de seis páginas, cuando usted me ha hecho un chichón en la frente. Por lo demás, si puede servirle en algo, estoy a su entera disposición.

-Verdaderamente, señor -repliqué-, algo puede hacer por mí, porque precisamente me ha pillado usted en un gran dilema poético. No me atrevo a decir que soy un poeta; mucho menos, un tan grande poeta como usted -añadí inclinándome-; pero he recibido de la naturaleza un gaznate que me pica cuando me siento a mis anchas o cuando tengo algún pensar. Si he de decirle la verdad, ignoro completamente las reglas.

-Yo las he olvidado todas --dijo Kakatugán-, no se inquiete por eso.

-Pero a mí me ocurre -repliqué- una cosa fastidiosa: que mi voz produce en quien la oye poco más o menos el mismo efecto que la de un tal Jean de Nivelle sobre... Ya sabe lo que quiero decir.

-Lo sé, lo sé -dijo Kakatugán-; conozco por mí mismo ese extraño efecto. La causa me resulta desconocida, pero el efecto es incontestable.

-Pues bien, señor usted, que me parece el Néstor de la poesía, ¿conoce algún remedio contra este penoso inconveniente? Si lo conoce, dígamelo, por favor.

-No -dijo Kakatugán-; por lo que a mí respecta, nunca lo he podido encontrar. De joven me he atormentado terriblemente por causa de que siempre me silbaban. Al momento presente, ni me preocupo por ello. Yo creo que esta repugnancia viene de lo que el público lee de otros que no somos nosotros; ello les distrae.

-Pienso como usted; pero convendrá conmigo, señor, que es muy duro para una criatura bienintencionada poner a la gente en fuga apenas hace un pequeño movimiento. ¿Me haría usted el favor de escucharme y decirme sinceramente su opinión?

-Con mucho gusto dijo Kakatugán-; soy todo oídos.

Me puse a cantar inmediatamente, y tuve la satisfacción de ver que Kakatugán no echaba a correr, ni se quedaba dormido. Me miraba fijamente y, de tiempo en tiempo, inclinaba la cabeza con aires de aprobación, en tanto dejaba escapar un murmullo lisonjero. Sin embargo, muy pronto me di cuenta de que no me estaba escuchando, sino soñando con su poema. Aprovechando el momento de una pausa que hice para tomar aliento, me interrumpió bruscamente.

-¡Por fin he encontrado la rima! -dijo sonriendo y agitando la cabeza- ¡Es la que hace el número sesenta mil setecientos catorce de las que salen de este cerebro! ¡Y me atrevo a decir que he envejecido! ¡Voy a leer esto a los buenos amigos, se lo voy a leer, y a ver qué dicen!

Y diciendo esto, emprendió el vuelo y desapareció, sin parecer recordar que se había encontrado conmigo

# V

Al quedarme solo y frustrado, no se me ocurrió nada mejor que hacer, para aprovechar el resto del día, que volar de un tirón a París. Desgraciadamente, no conocía la ruta. Mi viaje con el palomo había sido demasiado rápido y demasiado poco agradable para haberme dejado un recuerdo exacto, de manera que, en lugar de ir todo derecho, torcí hacia la

izquierda, hacia el Bourget, y, sorprendido por la llegada de la noche, me vi obligado a buscar un albergue en los bosques de Mortfontaine.

Todo el mundo estaba a punto de acostarse cuando llegué. Las urracas y los grajos, que, como es sabido, son los peores compañeros de albergue de la tierra, disputaban por todos lados. Entre los matorrales piaban los gorriones, pataleando los unos sobre los otros. Por el borde del agua marchaban gravemente dos garzas reales machos, posadas sobre sus altos zancos, en actitud de meditación, esperando pacientemente a sus esposas. Enormes cuervos, medio dormidos, se posaban pesadamente sobre la cima de los más altos árboles y farfullaban sus plegarias vespertinas. Más bajos, los abejarrucos enamorados se perseguían a través de la espesura, mientras que un pájaro carpintero despeluchado empujaba por detrás a su pareja para hacerla entrar en un hueco del tronco de un árbol. Falanges de gorriones llegaban desde los campos, danzando por el aire como bocanadas de humo, y se precipitaban sobre un arbolillo, que ocupaban por completo. Pinzones, currucas, pardillos se agrupaban sobre las ramas secas, como cristales sobre un candelabro. Por todas partes resonaban voces que decían con toda claridad: «¡Vamos, esposa! -Vamos, hija mía! -¡Ven, bonita mía! -¡Por aquí, amiguita! -¡Aquí estoy, querido! -¡Buenas noches, mi dueño! -¡Adiós, amigos! -¡Qué durmáis bien, hijos míos!».

¡Bonita situación para un soltero pernoctar en semejante albergue! Tuve la tentación de reunirme con algunos pájaros de mi talla y pedirles hospitalidad. «De noche, pensé, todos los pájaros son grises; por otra parte, ¿es engañar a la gente echarse a dormir adecuadamente cerca de ella?»

Me dirigí primeramente hacia una zanja donde se habían reunido algunos estorninos. Se ocupaban de *su toilette* nocturna con un cuidado muy particular, y noté que la mayoría de ellos tenían las alas doradas y las patas barnizadas. Eran los *dandys* del bosque. Parecían buenos muchachos y no me honraron con la menor atención. Pero sus conversaciones eran tan ruidosas, se contaban unos a otros con tanta fatuidad sus trastadas y sus aventuras, se rozaban tan pesadamente unos con otros que no me fue posible permanecer allí.

A continuación, fui a posarme en una rama en la que se alineaban pájaros de distintas especies. Ocupé modestamente el último lugar, al extremo de la rama, con la esperanza de que me admitirían. Por desdicha, mi vecina era una vieja paloma, tan seca como una veleta enmohecida. En el momento en que me acerqué a ella, las pocas plumas que cubrían sus huesos constituían el objeto de su solicitud; fingía desplumarse, pero tenía buen cuidado de no arrancar ni una; lo que hacía verdaderamente era pasarles revista, a ver si le salían las cuentas. Apenas la rocé un ala, cuando se volvió hacia mí majestuosamente:

-¿Qué hace usted, señor? -dijo frunciendo el pico con un pudor auténticamente británico. Y, de un codazo, me echó abajo con un vigor del que hubiera podido presumir un cargador de muelle.

Caí sobre unos matorrales donde dormía una gruesa perdiz. Ni a mi madre en su escudilla la había visto dormir nunca con tal aire de beatitud. Se mostraba tan rolliza, tan blanda, tan bien aposentada sobre su triple vientre, que se hubiese tomado por un pastel al que le hubieran comido la corteza. Me deslicé furtivamente a su lado. «No se despertará -me decía-, y, en todo caso, una gruesa mamá, con este aspecto de bondadosa, no puede resultar una malvada.» Y no lo fue, en efecto. Entreabrió ligeramente los ojos y me dijo exhalando un leve suspiro:

-Me molestas, pequeño, vete de aquí.

En el mismo instante, oí que me llamaban. Eran unas hembras de tordos que, *desde lo* alto de un serbal, me hacían señas de que acudiera junto a ellas. «He aquí, por fin, unas buenas personas», pensé. Me hicieron sitio riendo como locas, y yo me introdujé más diestramente en medio de aquel grupo emplumado que una esquela amorosa en un manguito. Mas no tardé en darme cuenta de que aquellas damas habían ingerido más uvas de las que hubiese sido razonable. Apenas podían sostenerse sobre las ramas, y sus bromas de mala sombra, sus risotadas y sus canciones obscenas me obligaron a alejarme.

Empezaba a desesperarme y estaba a punto de echarme a dormir en un rincón solitario, cuando un ruiseñor se puso a cantar. De repente, todo el mundo guardó silencio. ¡Ay! ¡Qué pura era su voz! ¡Qué dulce resultaba su melancolía! Lejos de turbar el sueño de los otros, sus acordes parecían arrullarlos. A nadie se le ocurría hacerle callar; nadie encontraba mal que entonase sus endechas a semejante hora; su padre no le regañaba; sus amigos no emprendían la huida. «¿Es que únicamente a mí pensé, me está prohibido ser feliz?» Partamos, huyamos de este mundo cruel; más me vale buscar mi ruta en las tinieblas, aun a riesgo de ser engullido por un búho, que dejarme destrozar el corazón por el espectáculo de la felicidad de los otros.

Tal como lo pensé, lo hice. Me puse en camino y, durante largo tiempo, erré al azar. Con la primera claridad del día, distinguí las torres de Notre Dame. Llegué a ellas en un santiamén, y no tuve que echar un vistazo demasiado largo a la ciudad para reconocer nuestro jardín. Volé hacía él más ligero que el aire y... ¡Ay! Estaba vacío. En vano llamé a mis padres. Nadie me respondió. El árbol en que se solía posar mi padre, el materno matorral, la querida escudilla, todo había desaparecido. El hacha lo había destruido todo: en lugar de la verde alameda donde yo había nacido, no quedaba más que un centenar de haces de leña.

# VI

Lo primero que hice fue buscar a mis padres por todos los jardines de alrededor. Tiempo perdido. Sin duda, se habían refugiado en algún barrio lejano y Jamás pude obtener noticias suyas.

Penetrado de una espantosa tristeza, fui a posarme en el alero al que la cólera de mi padre me había exiliado primeramente. Allí pasé días y noches lamentando mi triste existencia. No dormía nada, comía apenas y estaba a punto de morir de dolor.

Un día me lamentaba como de ordinario: «Así pues, me decía en alta voz, no soy un mirlo, puesto que mi padre me desplumaba; ni un palomo, puesto que caí en ruta cuando quería llegar a Bélgica; ni una urraca rusa, puesto que la marquesita se tapó los oídos apenas hube abierto el pico; ni una tórtola, puesto que Goroulí, la buena de Goroulí, roncaba como un monje mientras yo cantaba; ni una cacatúa, puesto que Kakatugán no se dignó escucharme, ni, en fin, ninguna clase de pájaro, puesto que en Mortfontaine me dejaron acostarme solo. Y, sin embargo, tengo plumas sobre el cuerpo, y patas, y alas; no soy ningún monstruo, como testimonia el hecho de que Goroulí y hasta la marquesita me encontraran bastante de su agrado. Pero, ¿por qué misterio inexplicable estas plumas, estas alas y estas patas, no son capaces de formar un conjunto al que se pueda dar un nombre? ¿No seré, por casualidad...?»

Iba a proseguir mis lamentaciones, cuando fui interrumpido por las voces de dos porteras que disputaban en la calle.

-¡Ah, caramba! -le gritó la una a la otra-. Si eres capaz alguna vez de lograrlo, te regalo un mirlo blanco.

-¡Dios del cielo! -grité-. He aquí la solución de mi problema. ¡Oh, Providencia! Si soy hijo de un mirlo y soy blanco, ¡es que soy un mirlo blanco!

Este descubrimiento, es preciso confesarlo, modificó un tanto mis ideas. En lugar de continuar quejándome, comencé a pavonearme y a caminar orgullosamente a lo largo del alero, mirando hacia todas partes con aire victorioso. «No es cualquier cosa, me dije,: esto de ser un mirlo blanco. Era un ingenuo afligiéndome por no encontrar a un semejante. Mi suerte es la suerte del genio. Quería huir del mundo; ahora voy a asombrarlo. Puesto que soy ese pájaro sin igual cuya existencia es negada por el vulgo, debo y pretendo comportarme como tal, ni más ni menos que el Ave Fénix, y despreciar al resto de los volátiles. Tengo que comprar las memorias de Alfieri y los poemas de lord Byron; este alimento sustancial me inspirará un noble orgullo, sin contar con el que Dios me ha dado. Sí, quiero añadir algo, si ello es posible, al prestigio de mi nacimiento. La naturaleza me ha hecho raro, yo me haré misterioso. Será un favor, una gloria conseguir verme. ¿Y si me dejara ver, añadí en voz más baja, a cambio de dinero?

«¡No, por Dios! ¡Qué indigno pensamiento! Quiero hacer un poema como Kakatugán, no en un canto, sino en veinticuatro, como han hecho todos los grandes hombres. Aunque eso no me parece bastante. ¡Tendrá cuarenta y ocho cantos, con notas y un apéndice! Es preciso que el universo se entere de que existo. No dejaré, ciertamente, de lamentar en mi canto mi aislamiento, pero lo haré de tal suerte que hasta los más felices me tendrán envidia. Puesto que el cielo me ha hurtado una hembra, diré cosas espantosas de las hembras de los otros. Probaré que todo está demasiado verde, a excepción de las uvas que yo como. Los ruiseñores no sabrán a qué atenerse, pues demostraré, como dos y dos son cuatro, que sus endechas sientan mal al corazón y que su mercancía no vale nada. Es preciso que vaya cuanto antes a ver a Charpentier. Antes que nada, debo crearme una posición literaria sólida. Ya veo a mi alrededor un coro compuesto, no sólo de periodistas, sino de auténticos autores e inclusive de mujeres de letras. Escribiré un papel para la señorita Rachel, y si ella rehúsa representarlo, publicaré a son de trompeta que su talento es bastante inferior al de una mediana actriz de provincia. Iré a Venecia y, al borde del gran canal, en medio de aquella ciudad fantástica, alquilaré el palacio de Moncenigo, que cuesta cuatro libras y diez centavos por día; allí, me inspiraré con todos los recuerdos que el autor de Lara debe de haber dejado entre sus muros. Desde el fondo de mi soledad, inundaré el mundo con un diluvio de complicadas rimas, calcada sobre la estrofa de Spencer, en la que sumergiré mi grande alma. Haré suspirar a todas las hembras de abejaruco, zurear a todas las tórtolas, derramar lágrimas a todas las perdices y dar alaridos a todas las lechuzas. Pero ante todas las que se atrevan a poner sus ojos en mi persona, me mostraré inexorable e insensible al amor. En vano pretenderán ejercer presión sobre mí, en vano me suplicarán tener piedad de las infortunadas que habrán sido seducidas por mis sublimes cantos; a todo esto, responderé: «¡Bah!» ¡Oh, exceso de gloria! Mis manuscritos se venderán a precio de oro, mis libros atravesarán los mares; el renombre, la fortuna, me seguirán por todas partes; pero yo permaneceré indiferente ante los murmullos de la multitud que me rodeará. En una palabra, seré un perfecto mirlo blanco, un verdadero escritor excéntrico, festejado, mimado, admirado, envidiado, pero completamente gruñón e insoportable.»

# VII

Me bastaron seis semanas para tener lista mi primera obra. Era, como me había prometido a mí mismo, un poema en cuarenta y ocho cantos. Contenía, ciertamente, algunos descuidos provocados por la prodigiosa fecundidad con la cual lo había escrito, mas yo pensaba que el . público, acostumbrado a la literatura pedestre de los periódicos, no me haría ningún reproche.

Tuve un éxito digno de mí, es decir, sin igual. El tema de mi obra no era otro que yo mismo; en esto, me adecuaba a la gran moda de nuestro tiempo. Contaba mis pasados sentimientos con fatuidad encantadora; ponía al lector al corriente de mil detalles domésticos del más picante interés; la descripción de la escudilla de mi madre no me ocupaba menos de catorce cantos: tenía en cuenta las ranuras, los agujeros, las abolladuras, las astillas, los clavos, las manchas, los tintes diversos, los reflejos; mostraba su parte delantera, su parte trasera, sus bordes, su fondo, sus lados, sus planos inclinados, sus planos rectos; pasando al contenido, había estudiado las briznas de hierba, las pajas, las hojas secas, los trocitos de madera, los cascajos, las gotas de agua, los excrementos de mosca y las patas de abejorro que se encontraban dentro de ella; era una descripción deslumbrante. Mas no se piense que lo hice imprimir de una sola tirada, pues hay lectores impertinentes que se lo habrían saltado; no, lo había cortado hábilmente en trozos que había entremezclado en el relato, a fin de que no se perdiese nada; de suerte que, en el momento más dramático e interesante, aparecían de golpe quince páginas de escudilla. He aquí, creo, uno de los grandes secretos del arte, y, como yo no tengo ni pizca de avaricia, lo digo para que se aprovechen de él quienes vengan detrás.

Europa entera se conmocionó ante la aparición de mi libro y devoró las revelaciones íntimas que me digné comunicarle. ¿Cómo hubiese podido ser de otra manera? No solamente enumeré todos los acontecimientos que se relacionaban con mi persona, sino que ofrecí también al público un cuadro completo de todos los desvaríos y ensoñaciones que me habían pasado por la cabeza desde que tuve dos meses de edad; inclusive había intercalado, en el punto culminante del relato, una oda que había compuesto dentro del huevo. Bien entendido, por otra parte, que no descuidé tratar de pasada el gran tema que ahora preocupa a tanta gente, a saber, el del porvenir de la humanidad. Este problema me había parecido interesante; en un momento de ocio, esbocé sobre el mismo una solución que, generalmente, pasa por satisfactoria.

Diariamente me enviaban elogios en verso, cartas de felicitación y declaraciones de amor anónimas. En cuanto a las visitas, seguía rigurosamente el plan que me había trazado; mi puerta estaba cerrada para todo el mundo. No pude, sin embargo, negarme a recibir a dos extranjeros que se habían anunciado como parientes míos. Uno era un mirlo del Senegal; el otro, un mirlo de la China.

-¡Ah!, señor -me dijeron, abrazándome hasta casi asfixiarme-, no cabe duda de que es usted un gran mirlo! ¡Qué bien ha descrito usted, en su inmortal poema, el profundo sufrimiento del genio desconocido! Si no éramos ya tan incomprendidos como era posible, lo seremos después de que le hayan leído a usted. ¡Cuánto simpatizamos con sus dolores, con su sublime desprecio de lo vulgar! ¡También nosotros, señor, conocemos por nosotros mismos las penas secretas que usted ha cantado! He aquí dos sonetos que hemos compuesto, una reclamando por el otro, y que le rogamos acepte.

-He aquí, además -añadió el chino-, la música que mi esposa ha compuesto sobre un pasaje de su prefacio. Ella interpreta maravillosamente la intención del autor.

-Señores -les respondí-, hasta el punto en que soy capaz de jugar, ambos me parecéis dotados de un gran corazón y de un espíritu iluminado. Pero, perdonen que les haga una pregunta: ¿de dónde viene vuestra melancolía?

-¡Ah!, ¡Ah, señor! -respondió el habitante del Senegalí-. Mire usted cómo he sido construido. Mi plumaje, verdaderamente, es agradable a la vista; estoy revestido de este bello color verde que se ve brillar en los canarios; pero mi pico es demasiado corto y mis patas demasiado grandes; y mire qué cola más ridícula, tres veces más larga que mi cuerpo. ¿No basta con esto para darse a todos los diablos?

-Y yo, señor -dijo el chino-. Mi infortunio es aún más penoso. La cola de mi colega barre las calles, pero a mí los pilluelos me señalan con el dedo porque no tengo ninguna.

-Señores -repliqué-, os compadezco con toda mi alma. Siempre resulta fastidioso tener demasiado o demasiado poco de cualquier cosa. Pero permítanme que les diga que en el jardín Botánico hay varias personas que se les parecen y que viven allí desde hace mucho tiempo apaciblemente instaladas. De la misma manera que no basta a una mujer de letras ser una desvergonzada para escribir un buen libro, no es bastante para un mirlo estar descontento con su suerte para tener genio. Yo soy el único de mi especie y ello me aflige; puedo estar equivocado, pero estoy en mi derecho. Soy blanco, señores; convertíos también en blancos, y ya veremos qué se puede hacer.

# VIII

A pesar de la resolución que había tomado y de la calma que afectaba, no me sentía feliz. Aunque glorioso, mi aislamiento no me resultaba menos penoso, y no podía pensar, sin un sentimiento de horror, en la necesidad en que me encontraba de pasar célibe toda mi vida. Particularmente, el retorno de la primavera me causaba una desazón mortal, y comenzaba de nuevo a sumirme en la tristeza, cuando una imprevista circunstancia hizo cambiar el rumbo de mi vida.

No hay que decir que mis escritos habían traspasado el canal de la Mancha y que los ingleses se los disputaban. Los ingleses, en general, se lo disputan todo, excepto aquello que entienden. Un día recibí una carta procedente de Londres, firmada por una joven hembra de mirlo. Decía así:

«He leído su poema, y la admiración que he experimentado me ha hecho tomar la resolución de ofrecerle mi mano y mi persona. Dios nos ha hecho el uno para el otro: soy semejante a usted; soy blanca.»

Se supondrá fácilmente mi sorpresa y mi alegría. «¡Una mirlo blanca! -exclamé-. Pero ¿es posible? No estoy solo, pues, en el mundo. Me apresuaré a responder a la bella desconocida, y lo hice de manera que quedase bien patente hasta qué punto su proposición me agradaba. La instaba a que viniese rápidamente a París, o a que me permitiese volar a su lado. Me respondió diciendo que prefería venir ella, pues sus padres la fastidiaban; que ella solía arreglar sus asuntos por sí misma y que muy pronto la vería.

Vino, en efecto, pocos días después. ¡Oh felicidad! Era la más bella mirlita del mundo, y era aún más bella que yo.

-¡Ah!, señorita -exclamé-, o, mejor dicho, señora, porque desde este instante la considero ya mi legítima esposa, ¿es verosímil que una criatura tan encantadora se encontrase sobre la tierra sin que su renombre me hubiese dado noticias de su existencia? Benditas sean las desgracias que he experimentado y los picotazos que me dio mi padre, pues el cielo me reservaba un consuelo tan inesperado! Hasta el día de hoy

me consideraba condenado a una soledad eterna, y, para hablarle con franqueza, era un fardo muy pesado de llevar; pero mirándola siento dentro de mí todas las cualidades de un padre de familia. Acepte mi mano sin demora; casémonos a la inglesa, sin ceremonias, y partamos juntos para Suiza.

-Yo no veo así la cosa -respondió la joven-; yo quiero que nuestra boda sea algo magnífico, y que todos los mirlos bien nacidos de Francia sean solemnemente convocados a su celebración. Las personas como nosotros están comprometidas, por su propia grandeza, a no casarse como gatos vagabundos. Traigo conmigo una buena provisión de billetes de banco. Haga usted sus invitaciones, vaya a casa de sus proveedores y no repare en gastos.

Acepté ciegamente las órdenes de la blanca mirlita. Nuestras bodas fueron de un lujo fascinante. Se consumieron en ellas diez mil moscas. Recibimos la bendición de un reverendo padre Cormorán, que era arzobispo *in pártibus*. Un baile soberbio puso remate a la jornada. En fin, nada faltó para mi felicidad.

Cuanto más profundizaba en el conocimiento de mi encantadora esposa, más aumentaba mi amor. Ella reunía en su diminuta persona todas las virtudes del alma y del cuerpo. Era sólo un poco melindrosa, pero esto yo lo atribuía a la niebla londinense en medio de la cual había vivido hasta entonces, y estaba seguro de que el clima de Francia terminaría por disipar muy pronto esta ligera nube.

Una cosa que sí me inquietaba más seriamente era una especie de misterio del que se rodeaba algunas veces con singular rigor, encerrándose con llave en unión de su doncella, pasando de esta suerte horas enteras para hacerse la *toilette*, según decía. A los maridos no suele gustarles mucho estas fantasías dentro de su hogar. Había llegado a ocurrirme ya veinte veces el llamar a la puerta de la habitación de mi esposa sin conseguir que se me abriese. Esto me impacientaba cruelmente. Y un día, entre tantos, insistía con tal mal humor que se vio obligada a abrirme un poco precipitadamente. Al entrar, puede ver una gran botella llena de una especie de pasta hecha a base de harina y de blanco de España. Pregunté a mi mujer qué era -lo que hacía allí aquella droga y ella me respondió que se trataba de un ungüento para curarse los sabañones que tenía.

Aquel ungüento me pareció un poco turbio, pero, ;qué desconfianza me podía inspirar una persona tan dulce y juiciosa, que se había entregado a mí con tanto entusiasmo y tina sinceridad tan perfecta? En un principio ignoré que mi bienamada era una mujer de pluma; al cabo de algún tiempo, me lo confesó. E inclusive llegó a mostrarme una novela en la que había imitado a la vez a Walter Scott y a Scarrón. No tengo que decir el placer que me proporcionó una tan agradable sorpresa. No solamente me veía poseedor de una belleza incomparable, sino que ahora adquiría también la certidumbre de que la inteligencia de mi compañera era en todo punto digna de mi genio. A partir de este instante, comenzamos a trabajar juntos. Mientras yo componía mis poemas, ella emborronaba hojas y hojas de papel. Le recitaba mis versos en alta voz y esto no le molestaba en absoluto, ni le impedía continuar escribiendo. Ella concebía sus novelas con una facilidad casi igual a la mía, eligiendo siempre los temas más dramáticos: parricidios, raptos, asesinatos, incluso estafas, cuidando siempre de atacar de paso al Gobierno y de reivindicar la emancipación de las hembras. En una palabra, jamás tenía que obligar a ningún esfuerzo especial ni a su ingenio ni a su pudor; nunca tenía que tachar una sola línea; nunca trazaba un plan antes de ponerse a escribir. Era el tipo perfecto de la hembra de mirlo letrada.

Un día que se entregó al trabajo con un ardor desacostumbrado, me apercibí de que sudaba copiosamente y, al propio tiempo, descubrí asombrado que tenía una gran mancha negra

en la espalda. «¿Eh? -grité-. ¿Pero qué es esto, Dios del Cielo? ¿Te sientes mal?» Al principio pareció asustada, e inclusive un poco avergonzada. Pero el don de gentes que tenía la ayudó en pocos momentos a recuperar el admirable dominio de sí misma que siempre conservaba. Dijo que era una manceba de tinta y que estas cosas solían pasarle en los momentos de inspiración.

«¿Es qué mi mujer despinta?», dije para mí en voz baja. Este pensamiento me impidió dormir. La botella de ungüento me vino a la memoria. «¡Oh, cielos, qué sospecha! Esta criatura encantadora, ¿no será más que una ligera capa de pintura? ¿Se habrá embadurnado para abusar de mí? Cuando yo creía abrazar contra mi corazón a la portadora de un alma gemela a la mía, el ser privilegiado criado para mi solo, ¿no sería más que una poca de harina con la que me había casado?»

Perseguido por esta horrible duda, tomé la resolución de cerciorarme. Compré un barómetro y esperé ávidamente a que anunciara un día de lluvia. Quería llevar a mi mujer al campo un domingo dudoso e intentar la prueba de una buena mojadura. Pero nos encontrábamos en pleno julio y hacía un buen tiempo verdaderamente espantoso.

La apariencia de felicidad y el hábito de escribir habían excitado fuertemente mi sensibilidad. Ingenuo como era, a veces me ocurría, cuando trabajaba, que el sentimiento fuese más fuerte que la idea y que me pusiese a llorar mientras aguardaba a que se me ocurriese la rima. A mi mujer le gustaban muchos estas raras ocasiones. Toda debilidad masculina fascina el orgullo femenino. Cierta noche en que raspaba una tachadura, siguiendo los preceptos de Boileau, abrióse mi corazón.

-¡Oh, tú! -dije a mi querida esposa-. Tú, la única y la más amada. Tú, sin quien mi vida no sería más que un sueño. Tú, que con tus sonrisas y tus miradas haces que se metamorfosee para mí el universo, vida de mi corazón, ¿sabes cuánto te amo? Para poner en versos una idea banal, ya utilizada por otros poetas, un poco de estudio y de atención me basta y me sobra para encontrar las palabras, pero ¿dónde las encontraría para expresar todo lo que tu belleza me inspira? El recuerdo mismo de mis pasadas penas, ¿podría brindarme siquiera una palabra que me sirviera para hablarte de mi felicidad presente? Antes de que tú vinieras a mí, mi aislamiento era el de un huérfano exiliado; hoy es el de un rey. En este débil cuerpo, cuyo peso soportaré hasta que la muerte haga de él una ruina, en este pequeño cerebro enfebrecido donde fermenta un inútil pensamiento, ¿sabes tú, ángel mío, comprendes tú, preciosa mía, que no puede haber nada que no seas tú? ¡Escucha lo que mi cerebro puede decir y siente hasta qué punto es grande mi amor! ¡Oh, si mi ingenio fuese una perla y tú fueses Cleopatra!

Mientras desvariaba de esta suerte, lloraba sobre mi mujer y ella desteñía visiblemente. Por cada lágrima que caía de mis ojos, aparecía una pluma, no ya negra, sino del más añejo tinte rojizo. Pasados unos minutos de enternecimiento, me encontré frente a frente con un pájaro desencolado y desharinado, idéntico en un todo a los mirlos más vulgares.

¿Qué hacer? ¿Qué decir? ¿Qué partido tomar? Cualquier reproche era inútil. Verdaderamente, habría podido considerar el caso como redhibitorio y hacer anular mi matrimonio, pero ¿cómo atreverme a hacer pública mi vergüenza? ¿No era bastante ya con mi desgracia? Hice acopio de todo mi valor y resolví abandonar el mundo, renunciar a mi carrera literaria, huir a un desierto y, si era posible, evitar por siempre el encuentro con cualquier criatura viviente, buscando como Alcestes...

*... un lugar apartado,*

*donde se tuviera la libertad de ser un mirlo blanco.*

# IX

Salí volando de allí, sin dejar de llorar, y el viento, que es el azar de los pájaros, me llevó a posarme sobre una rama de Mortfontaine. En esta ocasión estaban todos acostados. «¡Qué matrimonio, me decía a mí mismo, qué desatino! Sin duda esta pobre niña se tiñó con la mejor intención, pero no por eso es menos rojiza ni yo tengo menos motivos de queja.»

El ruiseñor cantaba todavía. Sólo él, en el fondo de la noche, gozaba con todo su corazón de los beneficios de Dios que le hacen superior a los poetas y entregaba libremente su pensamiento al silencio que le rodeaba. No pude resistir la tentación de acercarme a él y hablarle.

-¡Qué feliz es usted! -le dije-. No solamente canta todo cuanto quiere, y muy bien, y todo el mundo le escucha, sino que además tiene usted una mujer y unos hijos, su nido, sus amigos, una buena almohada de musgo, la luna llena y ningún periódico. Rubini y Rossini no son nada al lado de usted; usted vale más que los dos juntos. Yo también canto, señor, pero es penoso. He colocado las palabras en orden de batalla, como soldados prusianos, y no he logrado coordinar más que ñoñerías. ¿Es posible aprender su secreto?

-Sí -me respondió el ruiseñor-, pero no es lo que usted cree. Mi mujer me aburre; no la amo en absoluto. Yo estoy enamorado de la rosa. Sadi, el persa, ha hablado de ella. Me desgañito toda la noche para ella, pero ella duerme y no me oye. A la hora que es, su cáliz está cerrado, y en él se mece un viejo escarabajo. Y mañana por la mañana, cuando yo me meta en mi cama, agotado de fatiga y sufrimiento, será cuando ella se abra para que una abeja le coma el corazón.

Fin